

SOMOS BUENOS AMIGOS

(Por Loca... como tu madre) Tu agenda está atestada de nombres y apellidos masculinos pero todos son amigos, ningún novio, mucho menos un amante y ni mencionar un sutil service.

Vos de los hombres sabés mucho, ellos te cuentan sus más íntimos y amorales secretos. Es evidente que te ven como a uno más.

A los quince te invitaban a todas las fiestas. Claro, vos caías con todo el plantel masculino.

—Che, vos que sos tan amiga de él. ¿Cómo viene? ¿Gusta de mí?

—Quedate tranquila, yo te averiguo todo.

¡Basta!

¿Qué pasa con tu look?

Siempre estás vestida de fajina, dispuesta a empujarle el auto si se le queda.

¿Nunca un buen par de tacos?, ¿nunca un portaligas?

Es hora de ganar tiempo en el espejo. Abrí el ropero, sacá toda la ropa "cómoda" y donala.

Tu vida tiene que empezar a cambiar y tu imagen también.

Abandoná el amiguismo y copate con el erotismo.

Buscá un buen exponente y tirá tu primera flecha. Olvidate de los preconceptos estéticos y conseguite ya una máquina de fotos con automático.

Creá tus imágenes más osadas. Desnuda. En la ducha, en la cama, en la cornisa...

Después elegí lo mejor del material y desparramalo al descuido cuando sepas que él viene.

Inventate situaciones románticas, prendé velas, poné música suave.

¡Vos, podés calentar!

Ratonealo con descaro; recorrele con la mirada su cuerpo, sin disimular y valorá cada centímetro de sus formas.

Su piel es tentadora. Tus manos se acercan, rozalo. Encontrá el momento ideal para pasar detrás de él y apoyate sobre su espalda. Buscale la boca.

Todo es perfecto, él no deja de mirarte asombrado descubriendo esta nueva mujer.

Sentados en la alfombra, en silencio... quiere decirte algo, no aguanta más.

Estás al borde.

El final es inevitable...

Hummmmmmmm...... siii..... hmmmm.... AH.... AH, AH, AH!!!

Final dos:

—Estoy enamorado de tu mejor amiga.

No importa.

Lo usaste para practicar y entrenarte.

No son pocos los que insisten en definir a Harold Brodkey como "el Marcel Proust norteamericano". Escritor obsesivo hasta el exceso, llegó a reclamar veinticinco páginas para describir un orgasmo y, afirman sus detractores, una novela monstruosa —"The Runaway Soul"— para no contar absolutamente nada. El breve cuento que aquí se presenta es el primero dentro del ciclo de Laura Andrews —personaje tan querible como detestable— y asombra por el desprecio y el amor que desborda a la hora de abordar ciertas ceremonias femeninas.



LAURIE EN E

Por Harold Brodkey

Laurie se inclinó hacia el espejo de su tocador y dibujó cuidadosamente el perfil de sus labios. El diminuto pincel con mango de nácar avanzó sin el más mínimo temblor. Laurie estudió unos instantes el perfil recién trazado, y llegó a la conclusión de que expresaba demasiada pasión. Laurie tenía diecinueve años, y llevaba tres en el colegio universitario de Wellesley. Se había puesto el albornoz de virulento color violeta que su primo favorito, un aspirante a actor que se llamaba Vergil, le regaló al cumplir ella sus dieciséis años. Era, como dijo Laurie, un albornoz de mujer de mundo, pese a que a estas alturas ya estaba algo desteñido y manchado. Por la grieta del escote asomaba el encaje de unas enaguas negras. El pincel de Laurie se cernió sobre las comisuras de sus labios. Inocencia, pensó: una inocencia de tipo maduro, para una White de Chestnut Hill. Aunque, ¿cómo diablos se pinta la inocencia madura? Los perfiles que Laurie solía utilizar no le servían en esta ocasión. Ni el que ella llamaba "Juventud melancólica", por ejemplo, ni tampoco su boca a lo "es primavera y hay que reír". Henry White la había invitado a ir con él a su casa, para presentarle a su madre, y aunque Laurie no tenía la menor intención de dar su mano, Henry era de todos modos lo suficientemente rico como para hacerle cambiar de opinión. La madre de Laurie estaría encantada en caso de que ella aceptase. Adoptando un acento solemne, le diría: "Espero que seas muy feliz, Laurie". En cambio, suponiendo que Laurie se prometiese con Martin, cuyo padre no era rico, su madre lloraría calladamente y diría: "Pero, ¡cómo has podido, Laurie!". Y no es que la madre de Laurie fuese conscientemente advenediza; hasta donde Laurie sabía, su madre no era consciente de nada. Tocaba de oído, simplemente. Había ciertas cosas que a mamá le parecían bien, y otras que no. Laurie se sentía arrastrada a hacer las que no, y es por esta razón que estaba convencida de que era una chica excesivamente lanzada.

Laurie alzó el labio superior y se pintó un leve asomo de sonrisa en los extremos. Así, pensó, como una buena chica. Con el pincel de las cejas se oscureció las pestañas trazando una línea sobre el borde de los párpados. Llevaba el cabello, rubio más bien oscuro, corto y encrespado. Se lo echó atrás con las manos, y luego sacudió la cabeza. El rostro del espejo le dirigió una sonrisa triste. Laurie tenía la nariz larga, los labios gruesos, y unos ojos amables y brillantes. Cuando se miraba al espejo siempre dilataba los ojos y encogía los labios, y le parecía que de este modo se le ponía una cara de expresión neutra y educada. Pero se equivocaba. El suyo era un rostro asimétrico, un rostro extrañamente solemne y malicioso en el que brillaba un peculiar destello que podía ser tanto de buena salud como de irreflexividad.

Lo malo es, pensaba Laurie, que casarse con un pobre no es más que lascivia. Mientras que si te casas con un rico todo el mundo acude a felicitarte como si hubieses realizado una extraordinaria demostración de ejemplaridad. Incluso las personas de ideas más abiertas. Laurie abandonó el tocador, y en cuanto lo hizo su rostro recobró su expresión normal, más brillante y cautelosa. Naturalmente, con una envoltura física como la suya, daba lo mismo lo que hiciera porque todo el mundo creía igualmente que era un ser lascivo, pensaba Laurie animadamente. Los hombres se enamoran de ti tanto si son viejos como si son maduros o niños.

Se quitó el albornoz y retrocedió hasta el espejo de la puerta del armario. Tenía la espalda recta, amplia la grupa (demasiado amplia: a veces, con repentina brutalidad, descargaba contra ella una fuerte palmada), aceptables las piernas. Se dejó deslizar por una ensoñación diurna en la que se convertía en una vedette de musical que ganaba montones de dinero y no tenía necesidad de casarse. Dio un caderazo y añadió luego un meneo, para ver qué tal quedaba y, al verse, soltó una carcajada. Qué modosamente se ha movido. Apoyándose una mano en el estómago y dejando que la otra girase en el aire, cerró los ojos e intentó mejorar su estilo.

Carey, su compañera de habitación, entró en ese momento.

—¿Qué diantres estás haciendo, Laurie?

—Meneando la cola. Va muy bien para mantener la cintura delgada. Tendrías que probarlo tú también. Te sobran unos cuantos centímetros.

Carey era una chica atlética, alta y plana, de dientes conejiles y gran apasionada de los caballos.

—No eres muy ingeniosa, sabes —dijo, poniendo un gesto ceñudo—. Ni tienes la menor gracia.

Laurie abrió la puerta de su armario y se quedó mirando los vestidos. Carey abrió un cajón, soltó unos cuantos gruñidos y se fue. Laurie volvió a relajarse. Se puso a sacar vestidos del amario, tirando del extremo inferior y apoyándoselos sobre el cuerpo. Hasta que, de repente, sintió deseos de llorar. Al fin y al cabo, esa misma noche podía ser la de su compromiso, la noche en la que jurase casarse con un hombre, y las mujeres de

No son pocos los que insisten en definir a Harold Brodkey como "el Marcel Proust norteamericano". Escritor obsesivo hasta el exceso, llegó a reclamar veinticinco páginas para describir un orgasmo y, afirman sus detractores, una novela monstruosa —"The Runaway Soul"— para no contar absolutamente nada. El breve cuento que aquí se presenta es el primero dentro del ciclo de Laura Andrews —personaje tan querible como detestable— y asombra por el desprecio y el amor que desborda a la hora de abordar ciertas ceremonias femeninas.

LAURIE EN EL TOCADOR

Por Harold Brodkey



Laurie se inclinó hacia el espejo de su tocador y dibujó cuidadosamente el perfil de sus labios. El diminuto pincel con mango de nácar avanzó sin el más mínimo temblor. Laurie estudió unos instantes el perfil recién trazado, y llegó a la conclusión de que expresaba demasiada pasión. Laurie tenía diecinueve años, y llevaba tres en el colegio universitario de Wellesley. Se había puesto el albornoz de virulento color violeta que su primo favorito, un aspirante a actor que se llamaba Vergil, le regaló al cumplir ella sus dieciséis años. Era, como dijo Laurie, un albornoz de mujer de mundo, pese a que a estas alturas ya estaba algo desteñido y manchado. Por la grieta del escote asomaba el encaje de unas enaguas negras. El pincel de Laurie se cernió sobre las comisuras de sus labios. Inocencia, pensó: una inocencia de tipo maduro, para una White de Chestnut Hill. Aunque, ¿cómo diablos se pinta la inocencia madura? Los perfiles que Laurie solía utilizar no le servían en esta ocasión. Ni el que ella llamaba "Juventud melancólica", por ejemplo, ni tampoco su boca a lo "es primavera y hay que reír". Henry White la había invitado a ir con él a su casa, para presentarle a su madre, y aunque Laurie no tenía la menor intención de dar su mano, Henry era de todos modos lo suficientemente rico como para hacerle cambiar de opinión. La madre de Laurie estaría encantada en caso de que ella aceptase. Adoptando un acento solemne, le diría: "Espero que seas muy feliz, Laurie". En cambio, suponiendo que Laurie se prometiese con Martin, cuyo padre no era rico, su madre lloraría calladamente y diría: "Pero, ¡cómo has podido, Laurie!". Y no es que la madre de Laurie fuese conscientemente advenediza; hasta donde Laurie sabía, su madre no era consciente de nada. Tocaba de oído, simplemente. Había ciertas cosas que a mamá le parecían bien, y otras que no. Laurie se sentía arrastrada a hacer las que no, y es por esta razón que estaba convencida de que era una chica excesivamente lanzada.

Laurie alzó el labio superior y se pintó un leve asomo de sonrisa en los extremos. Así, pensó, como una buena chica. Con el pincel de las cejas se oscureció las pestañas trazando una línea sobre el borde de los párpados. Llevaba el cabello, rubio más bien oscuro, corto y encrespado. Se lo echó atrás con las manos, y luego sacudió la cabeza. El rostro del espejo le dirigió una sonrisa triste. Laurie tenía la nariz larga, los labios gruesos, y unos ojos amables y brillantes. Cuando se miraba al espejo siempre dilataba los ojos y encogía los labios, y le parecía que de este modo se le ponía una cara de expresión neutra y educada. Pero se equivocaba. El suyo era un rostro asimétrico, un rostro extrañamente solemne y malicioso en el que brillaba un peculiar destello que podía ser tanto de buena salud como de irreflexividad.

Lo malo es, pensaba Laurie, que casarse con un pobre no es más que lascivia. Mientras que si te casas con un rico todo el mundo acude a felicitarte como si hubieses realizado una extraordinaria demostración de ejemplaridad. Incluso las personas de ideas más abiertas. Laurie abandonó el tocador, y en cuanto lo hizo su rostro recobró su expresión normal, más brillante y cautelosa. Naturalmente, con una envoltura física como la suya, daba lo mismo lo que hiciera porque todo el mundo creía igualmente que era un ser lascivo, pensaba Laurie animadamente. Los hombres se enamoran de ti tanto si son viejos como si son maduros o niños.

Se quitó el albornoz y retrocedió hasta el espejo de la puerta del armario. Tenía la espalda recta, amplia la grupa (demasiado amplia: a veces, con repentina brutalidad, descargaba contra ella una fuerte palmada), aceptables las piernas. Se dejó deslizar por una ensoñación diurna en la que se convertía en una vedette de musical que ganaba montones de dinero y no tenía necesidad de casarse. Dio un caderazo y añadió luego un meneo, para ver qué tal quedaba y, al verse, soltó una carcajada. Qué modosamente se ha movido. Apoyándose una mano en el estómago y dejando que la otra girase en el aire, cerró los ojos e intentó mejorar su estilo.

Carey, su compañera de habitación, entró en ese momento.

—¿Qué diantres estás haciendo, Laurie?

—Meneando la cola. Va muy bien para mantener la cintura delgada. Tendrías que probarlo tú también. Te sobran unos cuantos centímetros.

Carey era una chica atlética, alta y plana, de dientes conejiles y gran apasionada de los caballos.

—No eres muy ingeniosa, sabes —dijo, poniendo un gesto ceñudo—. Ni tienes la menor gracia.

Laurie abrió la puerta de su armario y se quedó mirando los vestidos. Carey abrió un cajón, soltó unos cuantos gruñidos y se fue. Laurie volvió a relajarse. Se puso a sacar vestidos del amario, tirando del extremo inferior y apoyándoselos sobre el cuerpo. Hasta que, de repente, sintió deseos de llorar. Al fin y al cabo, esa misma noche podía ser la de su compromiso, la noche en la que jurase casarse con un hombre, y las mujeres de su familia no eran de las que se divorciaban. Estaría obligada a pasarse toda la vida con aquel hombre... Cogió rápidamente otro vestido y se lo probó. Era de seda marrón, con un pequeño estampado negro, y unas mangas que bajaban sólo hasta la mitad del antebrazo. Era su vestido más sofisticado (Laurie, sola e indefensa, hizo un puchero con los labios y se apretó el vestido contra el cuerpo); los recuerdos se le agolparon en la mente. Con aquel vestido había tomado su primer martini... Y nada menos que en el Plaza. Había sido con Roy Delbert y el padre de Roy y la tercera esposa de su padre. Mientras los hombres se inclinaban hacia ella para ir encendiéndole los pitillos, incluso Mrs. Delbert se había empeñado, con insistencia *cortés*, en preguntarle cosas sobre sus estudios. Pero nada hubiera podido aquel día hacer que Laurie no fuese más que una simple universitaria, nada hubiera podido alcanzarla. Sólo recordaba con claridad los latidos de su corazón... y el momento en el que, debajo de la mesa, se quitó los zapatos, unos I. Millers nuevos, verdes y de tacón alto, tan puntiagudos que le dolían los dedos gordos. La cara de Roy quedaba desdibujada. Aunque fue él quien lloró... Laurie tiró el vestido a la cama y se dejó caer junto a él. ¿Cómo podía imaginar Roy que iba a prometerle que se casaría con él? Entonces ella tenía sólo diecisiete años. Roy le dijo que era una furcia, que era cruel. Laurie se pasó las manos por el rostro, preguntándose si era, en efecto, una furcia. Si era despiadada y dura. Saberlo le parecía terriblemente importante. Sin embargo, la mente de Laurie no estaba para complicaciones. Se sentía mareada e infeliz, pero su mente no la ayudaba. Acabaría llegando tarde; Henry White tendría que esperar y esperar y esperar. Encendió un cigarrillo.

La primera vez que alguien la llamó furcia fue prácticamente la primera ocasión en que acudió a un baile. Su primer *gran* baile. Fue en Filadelfia. Laurie había bajado en tren desde Nueva York para ir a casa de su prima Phyllis. Phyllis tenía un vestido de noche de tul blanco, carísimo; fue en una puesta de largo. El vestido de Laurie más bien parecía de rebajas, una muselina de algodón, de Best's. Un vestido de los que su madre decía que no estaba nada mal, y que ella calificaba de barato. Catorce con noventa y cinco dólares, y mucha tela de sobra en las costuras. En aquella época Laurie estaba rellenita, pero su piel tenía ese brillo saludable que dan el sol y unas buenas diez horas de sueño cada noche. Laurie siempre había deseado ser atractiva, y aquella noche podría finalmente comprobar si lo era. Phyllis estuvo odiosa desde el momento en el que comenzó a vestirse para la fiesta. Dijo que el canturreo de Laurie la sacaba de quicio. Dijo que Laurie acaparaba el espejo. Y cuando llegaron los chicos y Phyllis y Laurie estaba a punto de bajar, Laurie se miró una última y esperanzada vez al espejo, y luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada de placer. Phyllis la agarró del brazo y tiró de ella hacia la escalera. Phyllis tenía entonces diecisiete años, dos más que Laurie, y estaba muy flaca; todos los vestidos le quedaban bien. "¡Gorda putuela!", murmuró Phyllis cuando bajaban la escalera.

Laurie se sentó en la cama. En aquella fiesta se comportó bastante mal. Se bajó el escote del vestido más de como estaba cuando se lo compró en Best's. Y los chicos. Sentada en la cama de su habitación de universitaria, Laurie se estremeció de placer. Se pasaron toda la noche mirándola, suplicándole que bailase, buscándola cada vez que había cambio de pareja a medio baile, besándola... "¡Santo Cielo! —dijo Laurie en voz alta—. Cómo me gustaba. Y las flores —siguió, en susurros—. Aquel fin de semana me mandaron flores tantos chicos... y yo les prometí escribirles a todos, y jamás llegué a escribir ni una sola línea."

Sonó el timbre del vestíbulo: tres timbrazos largos y uno corto. Laurie salió al umbral, frunció el ceño y luego bajó, lenta y graciosamente, dando saltitos, a contestar el teléfono. Era Henry. Laurie le dijo que aún estaba empezando a vestirse. Que lo mejor sería que se fuese a tomar un café y regresara al cabo de veinte minutos.

—Pero ¡mi madre está esperándonos! —dijo Henry.

Laurie le lanzó una mirada fría al teléfono. "Mal augurio de cara al futuro", dijo; cada vez estaba más convencida de que era una gran señora.

—Mira, Henry... —le dijo, en tono consolador—. Lo siento, pero las duchas estaban llenas y he tenido que hacer cola.

Regresó a su habitación, sin prisas, con la mirada ausente. Martin, que era un chico alto y serio que ya estaba en tercero de Derecho, jamás le hubiese consentido una cosa así. Seguro que él le habría colgado violentamente, sin decirle ni siquiera adiós. Laurie no había conocido nunca a nadie que estudiase con tanta ferocidad como Martin. Cuando leía, hasta el cruzar las piernas lo hacía con ferocidad. Martin pensaba tanto en el futuro que, estando con él, Laurie tenía la sensación de estar tocando ese futuro, esas horas venideras, esos días, esos años de un futuro brillante como el oro.

"¿Qué clase de muchacho es? —le preguntó su madre. Empleó un tono dulce—. ¿Viene de buena familia?". Eso significaba que Martin valía poco. No era una presa, no era un tesoro. Y, a fuer de sincera, Laurie tenía que admitir que los modales de Martin no eran gran cosa; que se ponía de mal humor por cualquier cosa; que se sentía ofendido a la más mínima. Y podía ser muy, pero que muy loco. Y otra cosa peor incluso, cualquier chica podía conquistarle; bastaba con que se mostrase amable con él, que fuese tierna, que demostrase cierto interés por el mundo del derecho.

Laurie se rindió. Decidió ponerse el vestido azul claro. Por Henry. Era un vestido inocente, a juego con el dibujo de sus labios. Sacó el vestido del armario y se lo puso por la cabeza. Lo raro era que en el baile de la facultad de Derecho hubiesen sido tan pocos los chicos que quisieron bailar con ella cuando daban el toque de cambio de pareja. Tal vez fue porque Martin ponía una cara tan fiera que todos los demás temían desafiarle. También era posible que, yendo con Martin, ella misma no hubiese sentido tantos deseos de resultarles atractiva a todos los demás hombres; o a lo mejor... lo de ser una puta era una cosa que podías conectar y desconectar, según tu conveniencia.

Laurie echó la cabeza hacia atrás, sin haberse todavía abrochado el vestido azul. ¿Qué diablos se suponía que tenía que hacer con su tipazo una chica como ella? ¿Conformarse con un solo hombre, muy rico y que tuviese varias casas, y dejar que todo el mundo te admirase? ¿Comportarse como una buena chica, salir con buenos chicos, no decirles salvajadas a las Carey y las Phyllis con las que una se tropezara en la vida, no hacer llorar a los Roy Delbert de ese mundo?

Se cerró la cremallera de un tirón salvaje. No; prefería ser horrible y mala y brutal. Se acostaría con Martin. Y que su madre se fuera al infierno.

Abrió salvajemente la cremallera del vestido, y se lo sacó por la cabeza. Lo tiró luego al suelo, a sabiendas de que Carey se enfurecería cuando lo viese allí, porque Carey no tenía ninguna cita. Abrió otra vez el armario y sacó su nuevo vestido negro. Su madre le había dicho que era demasiado joven para vestir de negro. Laurie rió, enseñando toda la dentadura. Tampoco pensaba ponerse faja. Menearía el trasero hasta reventar. El vestido le iba a la medida. Laurie soltó un suspiro, se peinó con las manos, y empujó un mechón hacia adelante, dejándolo colgar sobre la frente. Luego, con un kleenex, se borró la curva que se había pintado en las comisuras de los labios. "Juventud melancólica": ésa era ella. Pérfido mundo. Pérfida Laurie.

La voz del bebé, que emitió una serie de leves sollozos, anunciaba que el hambre se acercaba, como la marea.

—¡Como no se calle de una vez, voy a estrangular a ese maldito bebé! —dijo Laura.

De Primer amor y otros pesares. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama.

Jueves 11 de febrero de 1993



L TOCADOR

su familia no eran de las que se divorciaban. Estaría obligada a pasarse toda la vida con aquel hombre... Cogió rápidamente otro vestido y se lo probó. Era de seda marrón, con un pequeño estampado negro, y unas mangas que bajaban sólo hasta la mitad del antebrazo. Era su vestido más sofisticado (Laurie, sola e indefensa, hizo un puchero con los labios y se apretó el vestido contra el cuerpo); los recuerdos se le agolparon en la mente. Con aquel vestido había tomado su primer martini... Y nada menos que en el Plaza. Había sido con Roy Delbert y el padre de Roy y la tercera esposa de su padre. Mientras los hombres se inclinaban hacia ella para ir encendiéndole los pitillos, incluso Mrs. Delbert se había empeñado, con insistencia *cortés*, en preguntarle cosas sobre sus estudios. Pero nada hubiera podido aquel día hacer que Laurie no fuese más que una simple universitaria, nada hubiera podido alcanzarla. Sólo recordaba con claridad los latidos de su corazón... y el momento en el que, debajo de la mesa, se quitó los zapatos, unos I. Millers nuevos, verdes y de tacón alto, tan puntiagudos que le dolían los dedos gordos. La cara de Roy quedaba desdibujada. Aunque fue él quien lloró... Laurie tiró el vestido a la cama y se dejó caer junto a él. ¿Cómo podía imaginar Roy que iba a prometerle que se casaría con él? Entonces ella tenía sólo diecisiete años. Roy le dijo que era una furcia, que era cruel. Laurie se pasó las manos por el rostro, preguntándose si era, en efecto, una furcia. Si era despiadada y dura. Saberlo le parecía terriblemente importante. Sin embargo, la mente de Laurie no estaba para complicaciones. Se sentía mareada e infeliz, pero su mente no la ayudaba. Acabaría llegando tarde; Henry White tendría que esperar y esperar y esperar. Encendió un cigarrillo.

La primera vez que alguien la llamó furcia fue prácticamente la primera ocasión en que acudió a un baile. Su primer *gran* baile. Fue en Filadelfia. Laurie había bajado en tren desde Nueva York para ir a casa de su prima Phyllis. Phyllis tenía un vestido de noche de tul blanco, carísimo; fue en una puesta de largo. El vestido de Laurie más bien parecía de rebajas, una muselina de algodón, de Best's. Un vestido de los que su madre decía que no estaba nada mal, y que ella calificaba de barato. Catorce con noventa y cinco dólares, y mucha tela de sobra en las costuras. En aquella época Laurie estaba rellenita, pero su piel tenía ese brillo saludable que dan el sol y unas buenas diez horas de sueño cada noche. Laurie siempre había deseado ser atractiva, y aquella noche podría finalmente comprobar si lo era. Phyllis estuvo odiosa desde el momento en el que comenzó a vestirse para la fiesta. Dijo que el canturreo de Laurie la sacaba de quicio. Dijo que Laurie acaparaba el espejo. Y cuando llegaron los chicos y Phyllis y Laurie estaba a punto de bajar, Laurie se miró una última y esperanzada vez al espejo, y luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada de placer. Phyllis la agarró del brazo y tiró de ella hacia la escalera. Phyllis tenía entonces diecisiete años, dos más que Laurie, y estaba muy flaca; todos los vestidos le quedaban bien. "¡Gorda putuela!", murmuró Phyllis cuando bajaban la escalera.

Laurie se sentó en la cama. En aquella fiesta se comportó bastante mal. Se bajó el escote del vestido más de como estaba cuando se lo compró en Best's. Y los chicos. Sentada en la cama de su habitación de universitaria, Laurie se estremeció de placer. Se pasaron toda la noche mirándola, suplicándole que bailase, buscándola cada vez que había cambio de pareja a medio baile, besándola... "¡Santo Cielo! —dijo Laurie en voz alta—. Cómo me gustaba. Y las flores —siguió, en susurros—. Aquel fin de semana me mandaron flores tantos chicos... y yo les prometí escribirles a todos, y jamás llegué a escribir ni una sola línea."

Sonó el timbre del vestíbulo: tres timbrazos largos y uno corto. Laurie salió al umbral, frunció el ceño y luego bajó, lenta y graciosamente, dando saltitos, a contestar el teléfono. Era Henry. Laurie le dijo que aún estaba empezando a vestirse. Que lo mejor sería que se fuese a tomar un café y regresara al cabo de veinte minutos.

—Pero ¡mi madre está esperándonos! —dijo Henry.

Laurie le lanzó una mirada fría al teléfono. "Mal augurio de cara al futuro", dijo; cada vez estaba más convencida de que era una gran señora.

—Mira, Henry... —le dijo, en tono consolador—. Lo siento, pero las duchas estaban llenas y he tenido que hacer cola.

Regresó a su habitación, sin prisas, con la mirada ausente. Martin, que era un chico alto y serio que ya estaba en tercero de Derecho, jamás le hubiese consentido una cosa así. Seguro que él le habría colgado violentamente, sin decirle ni siquiera adiós. Laurie no había conocido nunca a nadie que estudiase con tanta ferocidad como Martin. Cuando leía, hasta el cruzar las piernas lo hacía con ferocidad. Martin pensaba tanto en el futuro que, estando con él, Laurie tenía la sensación de estar tocando ese futuro, esas horas venideras, esos días, esos años de un futuro brillante como el oro.

"¿Qué clase de muchacho es? —le preguntó su madre. Empleó un tono dulce—. ¿Viene de buena familia?". Eso significaba que Martin valía poco. No era una presa, no era un tesoro. Y, a fuer de sincera, Laurie tenía que admitir que los modales de Martin no eran gran cosa; que se ponía de mal humor por cualquier cosa; que se sentía ofendido a la más mínima. Y podía ser muy, pero que muy loco. Y otra cosa peor incluso, cualquier chica podía conquistarle; bastaba con que se mostrase amable con él, que fuese tierna, que demostrase cierto interés por el mundo del derecho.

Laurie se rindió. Decidió ponerse el vestido azul claro. Por Henry. Era un vestido inocente, a juego con el dibujo de sus labios. Sacó el vestido del armario y se lo puso por la cabeza. Lo raro era que en el baile de la facultad de Derecho hubiesen sido tan pocos los chicos que quisieron bailar con ella cuando daban el toque de cambio de pareja. Tal vez fue porque Martin ponía una cara tan fiera que todos los demás temían desafiarle. También era posible que, yendo con Martin, ella misma no hubiese sentido tantos deseos de resultarles atractiva a todos los demás hombres; o a lo mejor... lo de ser una puta era una cosa que podías conectar y desconectar, según tu conveniencia.

Laurie echó la cabeza hacia atrás, sin haberse todavía abrochado el vestido azul. ¿Qué diablos se suponía que tenía que hacer con su tipazo una chica como ella? ¿Conformarse con un solo hombre, muy rico y que tuviese varias casas, y dejar que todo el mundo te admirase? ¿Comportarse como una buena chica, salir con buenos chicos, no decirles salvajadas a las Carey y las Phyllis con las que una se tropezara en la vida, no hacer llorar a los Roy Delbert de ese mundo?

Se cerró la cremallera de un tirón salvaje. No; prefería ser horrible y mala y brutal. Se acostaría con Martin. Y que su madre se fuera al infierno.

Abrió salvajemente la cremallera del vestido, y se lo sacó por la cabeza. Lo tiró luego al suelo, a sabiendas de que Carey se enfurecería cuando lo viese allí, porque Carey no tenía ninguna cita. Abrió otra vez el armario y sacó su nuevo vestido negro. Su madre le había dicho que era demasiado joven para vestir de negro. Laurie rió, enseñando toda la dentadura. Tampoco pensaba ponerse faja. Menearía el trasero hasta reventar. El vestido le iba a la medida. Laurie soltó un suspiro, se peinó con las manos, y empujó un mechón hacia adelante, dejándolo colgar sobre la frente. Luego, con un kleenex, se borró la curva que se había pintado en las comisuras de los labios. "Juventud melancólica": ésa era ella. Pérfido mundo. Pérfida Laurie.

La voz del bebé, que emitió una serie de leves sollozos, anunciaba que el hambre se acercaba, como la marea.

—¡Como no se calle de una vez, voy a estrangular a ese maldito bebé! —dijo Laura.

De Primer amor y otros pesares. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama.

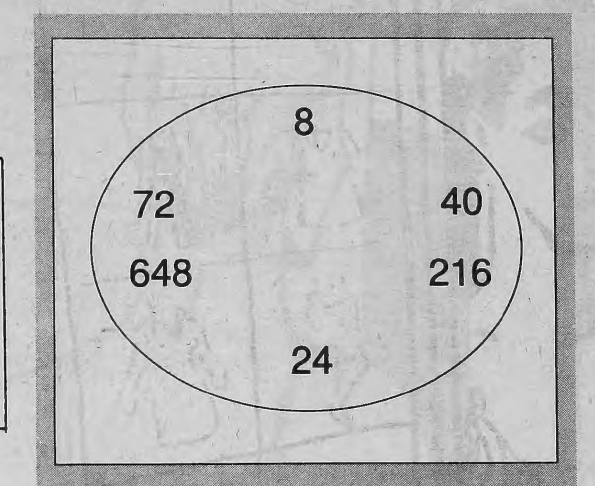
Juegos

Transformación

▶ Transforme la primera palabra en la última, escribiendo palabras sucesivas, en las que sólo puede cambiar una letra.



Número de familia



▶ Todos estos números, menos uno, son de la familia. Usted sabrá decirnos cuál no lo es, y por qué.

Soluciones

TRANSFORMACION:
Pasas – Pasos – Palos – Pelos – Pelón – Melón.

NUMERO DE FAMILIA:
El número 40. Todos son divisibles por tres, menos el 40.